

Rodríguez Pascual, M.; Fierro, A.; Prado, E. y Fernández, F. (2006): «*Trashumancia. Paisajes, vivencias y sensaciones*». Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación/ Wenaewe Editorial, Madrid.

La trashumancia, como actividad milenaria que evoca tiempos y espacios pretéritos, está preñada de vivencias, añoranzas, sentimientos, recuerdos y, como no, de continuas y profundas huellas sobre los paisajes, como las vías pecuarias, determinadas construcciones (chozos pastoriles, abrevaderos,...) y el propio poblamiento rural. Es un buen ejemplo de adaptación del hombre al medio geográfico y de continua interrelación entre la montaña y las tierras llanas, es decir, contrastes topográficos y complementariedad económica, plasmado en la búsqueda de alimento para el ganado, según las necesidades y las estaciones del año, y basado en el racional aprovechamiento de los recursos. Las comunidades rurales manejaban y practicaban adecuados sistemas de producción, manteniendo un claro equilibrio en los usos del territorio con el fin de no introducir ninguna actuación extraña que supusiese ruptura y acarrase consecuencias no deseadas para el conjunto de las sociedades.

El rico y variado patrimonio imbricado con los modos de producción tradicionales y la práctica de sistemas ganaderos extensivos, hoy más que nunca, se comportan como piezas fundamentales para el arraigo y el impulso del desarrollo territorial integrado. Las comunidades rurales, como depositarias de un importante y destacado legado, tienen que asumir y aceptar la aplicación de los principios de la multifuncionalidad de los espacios rurales, contribuyendo, de este modo, a la conservación de peculiares modos de vida y a la defensa de las costumbres locales, a la gestión responsable de los recursos naturales, a la protección de un entorno paisajístico atractivo y a la utilización equilibrada del territorio por medio de la correspondiente definición de usos para cada tipo de suelos y áreas geográficas. En fin, todo ello ha de servir de soporte para configurar los mimbres,

que permitan caminar hacia el establecimiento de bases y de la consecución del desarrollo rural sostenible, como una forma de mejorar la calidad de vida de la población rural.

Una vez más, nos sorprende, muy gratamente, Manuel Rodríguez Pascual con una excelente y cuidada publicación sobre la trashumancia y sus efectos territoriales, paisajísticos y socioeconómicos. Se trata de un tema muy querido y respetado, al que le ha dedicado mucho tiempo de su vida; esta intensa implicación y entusiasmo han influido en que ahora, en la nueva hazaña, le acompañen dos reconocidos poetas, Ángel Fierro y Eleuterio Prado, cuyos orígenes se hallan en la grandiosa montaña leonesa, y un reputado fotógrafo ovetense, Fernando Fernández. De la coalescencia entre la experiencia, la poesía y la fotografía ha surgido esta señera obra, que sirve para realzar de manera justificada y merecida la trashumancia, como acervo y patrimonio singulares. La pasión y sensibilidad de los autores han sido transmitidas al Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, al que se debe felicitar de manera justa, porque ha tenido el acierto y la generosidad de incluirla entre sus propias publicaciones, en consonancia con su dilatada tradición y preocupación por estos temas. Al mismo tiempo, como prueba de su interés, es la adecuada presentación de la Ministra, Dña. Elena Espinosa Mangana, en la que glosa las ventajas y las bondades de la trashumancia, como actuación mantenedora de los ecosistemas y de la biodiversidad, aunque, claro está, sin olvidarse de su crítica situación actual. Además, también resulta necesario destacar la oportuna contribución e implicación del novelista leonés, Julio Llamazares, quien en el prólogo, con un título muy sugerente de *«la lírica de la trashumancia»*, rememora la dureza, los sacrificios y la soledad extrema del mundo pastoril, aunque sin olvidar la melancolía y la añoranza, asociadas a la fugacidad del tiempo y, cómo no, a los pastores, a los caminos y a los balidos de los rebaños, que se extendieron y aprovecharon los pastos de los bellos paisajes de la montaña leonesa.

El título de la obra ya, de por sí, resulta muy ilustrativo; recoge tres conceptos e ideas vitales, bien imbricadas, que sirven para explicar el propio desarrollo de la trashumancia, concebida como odisea. Los *paisajes* aluden a los territorios variados y contrastados que se han ido construyendo a lo largo del tiempo y han permitido el apacentamiento de las ovejas merinas trashumantes; las actuaciones antrópicas, junto al sistema de pastoreo de aquéllas, han contribuido, sin duda, a la formación de singulares estampas y recónditos lugares, que han sido captados de forma elocuente por el obturador fotográfico, permitiendo transitar por la luz del recuerdo y contemplar con la reti-

na los vestigios de la riqueza de la trashumancia. Las *vivencias* se refieren a las propias experiencias y a los sentimientos de los pastores, cuyos quehaceres diarios, ritmos de trabajo, relaciones con el campo, sacrificios, soledades, nostalgias, modos de vida o movimientos y traslados estacionales, etc., han intervenido en la formación de un importante acervo, constituyendo, sin duda, su relevante código genético. Las *sensaciones* están relacionadas con las impresiones y valoraciones concebidas y almacenadas con el fin de disponer de información suficiente para interpretar los diferentes acontecimientos y estados de ánimo; son, en última instancia, las apreciaciones que están influyendo en dar sentido a este tipo de vida trashumante, sacrificada, costosa, socialmente poco valorada y generadora de recelos.

El libro se divide en tres capítulos bien diferenciados y definidos, que aluden a tres componentes fundamentales de la trashumancia, a los que se debe añadir la introducción, que tiene su propia entidad y relevancia. En ésta, cuyo título, «*Estampas de un tiempo perdido*», encierra en sí mismo una profunda carga de simbología y nostalgia, Rodríguez Pascual expone de forma fehaciente y más sentida sus valoraciones y apreciaciones de la trashumancia, como cultura ancestral preñada de huellas y vivencias. Las características, los efectos y las consecuencias de la misma ya fueron expuestos magníficamente y de forma amplia y detallada en su anterior libro, *Trashumancia. Cultura, cañadas y viajes* (2001). Ahora, por el contrario, recurre a una línea más intimista y personal, que denota su continua implicación en la defensa y difusión de la cultura pastoril, como acumulación de saberes y experiencias de indudable valor, que deben preservarse para evitar la pérdida de ese rico patrimonio. Esas razones son las que determinan que Manuel exponga en voz alta un deseo y un pensamiento que suponga el surgimiento de imágenes de esperanza, de futuro, para que la ancestral estirpe de pastores trashumantes se transforme en una profesión de futuro. Ojalá se cumplan esos sueños para que no desaparezcan los vestigios de esa actividad milenaria.

La primera parte se centra en los *entornos* y *los extremos*. Estos lugares cumplen esenciales funciones en las dinámicas y en los ciclos de la vida ganadera, en cuanto que constituyen la base de la complementariedad de los pastos y, por supuesto, de la economía de los pastores y de los propietarios de los hatos. Se establece una clara simbiosis entre las tierras septentrionales, que corresponden a la majestuosidad de la montaña, donde crecen los pastos en los puertos y en las majadas, durante la primavera y el verano, que perfectamente plasma la lírica de Ángel Fierro: «... Praderas de la majada de Las Cortinas. Fin del viaje o raíz del recuerdo». Al mediodía, comunicadas con

las anteriores a través de las cañadas y veredas, que actúan de cordones umbilicales, se localizan y se extienden, en Extremadura, las penillanuras labradas sobre granito, en las que se asientan las cálidas dehesas y dan cobijo y sirven de alimento a los rebaños de merinas durante el otoño y el invierno, tal como glosa en algunos poemas el mismo rapsoda: «En los parajes del Extremo, bordados de encinas/ y alcornoques, las horas del invierno eran para los/ pastores un espacio de espera» o «... Las dehesas de Alcuía son hechiceras, pues el fognazo / de su amarillo sólo alcanza el instante de pestañear...»; o en los de Eleuterio Prado: «... El campo se perfila de vastos horizontes / bajo la lluvia mansa que adensa la tristeza / y el pastor solitario atalaya en los cerros / su soledad de piedra». En fin, los diferentes y apropiados poemas explican con sabiduría y sensibilidad la estancia y la permanencia de las merinas en los distintos territorios, estando adecuadamente aderezados de espléndidas fotografías, en las que se plasman hermosos paisajes, asociados a las estaciones y a los tiempos, y las huellas de la tradicional trashumancia, configurando bellos muestrarios para el recuerdo y para el deleite de la retina.

Los *pastores y los rebaños* configuran el segundo capítulo, que se dedica a los verdaderos y principales actores de la odisea de la trashumancia, que se ha ido adaptando a las sucesivas y profundas transformaciones sociales y económicas. Constituyen la pieza esencial que ha intervenido en su modelación y en su dilatada historia, cargada de misterio y de vivencias individuales y colectivas. Los pastores son herederos de una saga indomable que se hallan en franco retroceso, debido a los denodados esfuerzos y a las servidumbres que exigen los hatajos; pero también son depositarios de unos valores y de unos saberes, asociados a su contacto directo y diario con la naturaleza, manifestadas en el equilibrado manejo de los sistemas ganaderos extensivos, cuyas huellas han quedado impregnadas en la formación de espacios de indudable valor ecológico y ambiental. Dichas situaciones han sido correctamente plasmadas en los versos de Eleuterio Prado: «... Viejo pastor trashumante, / perfil de manta y cayado, / eternamente andariego, / ¡sigue, sigue caminando!», o de Ángel Fierro: «Junto a la cuerda del camino se resguarda / el pastor de los furores de la tormenta / ...El pastor es, ahora, una brizna de paja / en el gran circo de los montes».

Los rebaños de ovejas merinas son considerados también indudables protagonistas de la trashumancia; históricamente era una raza muy valorada por la finura de su lana, cuya trascendencia y relevancia superó y traspasó las propias fronteras nacionales, mientras que ahora predomina la aptitud cárnica. Esas características quedan per-

fectamente plasmadas en las bellas imágenes captadas por Fernando Fernández; reflejan estampas cotidianas y de gran incidencia y valor natural, que aluden al careo y al lento transitar de las merinas por los pagos de las majadas y de las dehesas extremeñas o recogidas en los rediles para guarecerse de la noche y defenderse de los depredadores, como el lobo; su protección es realizada de modo efectivo por los mastines, que son sus fieles aliados, tal como expone en su prosa poética Ángel Fierro: «... Sus carrancas son un escudo contra la barbarie, pues / ellos saben cuándo es la hora de que alce la noche, / cuándo es la defensa, o que hay que avanzar. / ... ¡Quién alcanzara su talante, el del silencio, el verdadero!».

La tercera parte se destina a las *ternuras* y a los *adioses*. Se trata del epígrafe más sensible y más intimista, que hace referencia a los sentimientos y a las apreciaciones. La ternura rezuma en distintas imágenes, que captan bellas situaciones, como cuando amamantan al cordero o al cabrito o los pequeños mastines vigilados por las ovejas a través de la cancilla. Pero lo que realmente produce más nostalgia, en sentido amplio, son las despedidas, referidas a la marcha de los rebaños de los puertos hacia el Sur, bien a las riberas leonesas (trasterminancia), bien hacia las dehesas extremeñas (trashumancia). Dejan atrás recuerdos, vivencias, amistades y sensaciones, recogidas en los sugerentes y expresivos versos de Ángel Fierro: «La nieve cubre los silencios; la piedra, el / agua, el cielo, el chozo... Sólo la voz del / hombre podría luchar su huella/ Pero el pastor hace ya tiempo que / abandonó estas cumbres y trasladó el / rebaño a las dehesas...» o en los de Eleuterio Prado, «... Se marcharon los rebaños / y hasta los mayos no vuelven. / Tan solo queda en mi pecho / su cantar, sólo la nieve...».

El libro finaliza con una profunda reflexión y una clara exposición de motivos y causas, en la que aparecen recogidos, una vez más, los escollos y los riesgos que acechan a la trashumancia y, por extensión, a la propia cultura pastoril. Resulta necesario, pues, impulsar actuaciones encaminadas a rescatarla y recuperarla del progresivo deterioro y por ende del olvido. Por eso, es muy ilustrativo el epílogo y al mismo tiempo premonitorio, donde Ángel Fierro expone con fluidez y brillantez el devenir que le depara a la trashumancia, cuando lo define como el *fulgor de la memoria, un eterno retorno*, e incluso cuando lo plasma poéticamente en su prosa: «... Se han apagado los rumores, el color se hizo silencio... / Ya no hay ni pastores ni zagales. El rebaño del mundo anda desordenado / por los caminos. Ojos y corazones viven desencontrados. / Pero aunque las trochas y senderos se están cegando, queda aún el rumbo / que señala el eterno

retorno. Es hora de los poetas y los visionarios. / Ellos mantienen el raro fulgor de la memoria que recrea el mundo». Ojalá que estos versos no caigan en el olvido y sirvan para que fructifique una savia que recupere las virtualidades y las ventajas comparativas de la vida del pastoreo.

Nos encontramos, sin duda, ante una gran obra sobre la trashumania, que el Ministerio de Agricultura ha acertado con su edición, por lo que, una vez más, se debe hacer un reconocimiento público de dicha iniciativa. Ha de permitir, al menos, si no pervive como actividad, mantener vivas las sensaciones y recuperar como un acervo para el recuerdo y la memoria colectiva. Dicho patrimonio puede servir de base para fomentar la multifuncionalidad de los territorios rurales, tan necesitados de actuaciones que valoren esas potencialidades, contribuyendo, al mismo tiempo, a su preservación que evite el derrumbe, la pérdida de vitalidad y la desaparición de una rica cultura ancestral que se desmorona y se diluye.

ANTONIO MAYA FRADES

Área de Geografía. Universidad de León